

DOCENCIA Y DOXA

Anaía Corbelli

A partir del cierre de mi etapa laboral como docente y los datos de contexto que me fueron aportando los gobiernos nacionales y populares que tuve la maravillosa suerte de experimentar, reviso mi participación en distintas salas de profesores como interlocutora y, muchas veces, como receptora de frases hechas, sin desligarme, en absoluto, de las que yo enuncié también al comienzo de mi labor profesional.

Retomo algunas frases de Ricardo Forster: “La política es el arte fundamental de una ética del lenguaje”. Coincido con él respecto de que, también, Néstor y Cristina recuperaron la potencia política de las palabras y nos conminaron a un uso reflexivo de ellas. Por ejemplo: en diversos espacios pedagógicos fueron apareciendo, con cierta reticencia, reflexiones acerca de política y partidismo, términos usados de manera equivalente, en muchos casos, y que provocaban, en otros, sanciones a docentes que se permitían explorar en las connotaciones del lenguaje, intentando deconstruir expresiones que fijaban una “doxa” (sentido común) mediante la cual, se sostiene el puente por donde circulan, sin cuestionamiento, las medidas gubernamentales, como decisiones que debemos respetar y acatar y de las que no formamos parte porque “yo de política no entiendo nada” (aseveración corriente en docentes que sienten, además, que no están contaminados por “lo que hacen los políticos” y se ufanan de ello.)

Vuelvo a Foster: “El arte de la política es conjugar la capacidad de explicar con la potencia del afecto, lo emocional, el entusiasmo este mundo tan difícil de comprender”. Sería injusta si no reconociera también el deslumbramiento de algunos docentes frente a los conceptos vertidos por Cristina en discursos monumentales y con los cuales muchos nos sentimos plenamente identificados, interpelados, convocados. Es decir, respetados como miembros de una Patria en construcción permanente, de la que todos formamos parte. O deberíamos. Esta potencia de la disertación provocó, por supuesto, diferentes reacciones, como todos saben: las más descalificadoras y las más entusiastas.

Pero no estamos hablando de charlas con amigos, en un asado, en un bar. Y aquí quiero detenerme. Me permito sostener que la figura del docente, a pesar de todos los manoseos y descalificaciones que ha soportado, tiene un peso relevante frente a un “público cautivo”, el alumnado, que atraviesa también procesos sociales convulsivos que lo interpelan. Recuerdo especialmente la angustia que provocó en un 5° año la desaparición forzada de Santiago Maldonado, los ojos ansiosos de respuestas frente a un aparato mediático descomunal que se ocupaba de destruirlo, como intenta hacerlo con los adolescentes, cada vez que estos reclaman o denuncian arbitrariedades.

La “peligrosidad” de la conducta docente parece hacerse patente en los ataques recibidos por aquellos que muestran una conducta de solidaridad, de enseñanza vital, de búsqueda de justicia social. La comunidad de Moreno, puede, junto a otras, dar fe de ello. No en vano, como sostuvo Adriana Puigrós en la inauguración de la Feria del Libro de Resistencia, este año, en Chaco,

cuando presentaba su obra “Adiós, Sarmiento”: la destrucción de la enseñanza pública es un plan ya pergeñado y comenzado a llevar a cabo en los 90. Este gobierno quiere concretar la desaparición de nuestro sistema estatal.

A pesar de los salarios humillantes, de la falta de estímulo para capacitación, de la degradación continua y constante de la figura del docente, de las condiciones edilicias paupérrimas, hay educadores que siguen defendiendo a este gobierno. ¿Qué pasa?

¿Qué sigue pasando aún después de años de inversión en educación? Después de la entrega de materiales hermosos para trabajar en el aula y guías de gran calidad para investigar junto con los docentes. ¿Por qué el boicot al material sobre ESI, en muchos casos?

¿Qué tiene de negativo el “descolocamiento” que implica repensarse en una sociedad cambiante? ¿Qué tipo de agresión está en juego? ¿Por qué el rechazo visceral a todo aquello “nacional y popular”? ¿Por qué la palabra Estado es demonizada?

No tengo respuestas. Busco caminos para entender. Sí, me consta, que los cambios culturales no pueden concretarse sin un compromiso educativo. También sé de la titánica tarea de “descolonización mental” (son mis palabras) que se propuso el Plan Nacional de Lectura, al que pude conocer al cursar la Diplomatura en Literatura Infantil y Juvenil de la UNSAM.

No se pudo llegar a los profesorados, a las universidades donde se forman los futuros docentes. Faltó tiempo. En algunos casos, predisposición. Tal vez haya demasiados “perfiles”, estereotipos instalados que temen perder su identidad.

Me quedo pensando en Carlos Matus, cuando María Bonicatto lo citaba: “Hemos dividido la técnica de la política”. ¿Enseñar sigue siendo para muchos transmitir contenidos a una tabla rasa? ¿Lo que llamamos “contenido” no está comprendido en un entramado político?

No puedo dejar de observar que la educación es una función en la que predominan las mujeres “hijas del sistema patriarcal”. Muchas de ellas, atravesadas por los mandatos culturales sin siquiera darse la posibilidad de revisar su rol. Capitalismo y patriarcado van de la mano; uno necesita del otro para perpetuarse. ¿La docencia entonces es, simplemente, un producto del mercado de capital?

Si esta etapa del neoliberalismo debe entenderse como su fase de financiarización, tal cual lo manifestó Luciano Fernández en su exposición, y conlleva una apropiación de las personas y de los recursos naturales, volvemos al concepto de trabajo entendido solamente como producto del mercado de capital.

Es evidente, entonces, que la educación para este sistema debe generar individuos apátridas, sin lazos sociales solidarios, convencidos de que sus logros les pertenecen y de que sus dificultades son consecuencia de un Estado torpe e ineficiente que debe reducirse a su mínima existencia.

El desmantelamiento de los planes educativos y la apertura a numerosas ONG forman parte de este proceso de destrucción que muestra, cómo, en algunos

colegios se van desestimulando los actos que conmemoran las fechas patrias, por ejemplo.

Respecto también del plano de la soberanía (ahorro mencionar los últimos sucesos humillantes con el FMI) vemos cómo se suplen próceres de los billetes por animalitos (jamás un pingüino, creo) para ir devaluando una identidad nacional.

Si, como sostiene Batakis, “las enormes distancias en oportunidades y estilos de vida entre muy ricos y muy pobres conspiran contra el desarrollo de sentimientos firmes de solidaridad y de común pertenencia a la res pública”, podemos observar cómo se deterioran cada vez más los lazos sociales con la consecuente pérdida de una identidad común.

Es por todo lo anterior que creo que nos resta un trabajo pormenorizado en la formación de docentes ciudadanos argentinos, comprometidos socialmente, informados pertinentemente y que se reconozcan como activistas para los cambios sociales necesarios para reparar esta catástrofe. También para luchar por la inclusión de una otredad que no es enemiga sino espejo y que nos complementa para ser felices de la única forma en que se puede: soberanamente, con justicia social y solidaridad.

Formación docente

Es indispensable trabajar en esta etapa para poder reflexionar a tiempo sobre la tarea y el desafío docentes.

- Estimular y afianzar la tarea del docente como TRABAJADOR DE LA EDUCACIÓN inmerso en una realidad regional que lo atraviesa y condiciona. Esto es posible si se ejercita la lectura de diferentes medios informativos, por ejemplo. Tal vez podría hacerse mediante talleres o materias obligatorias, con trabajo final y otorgamiento de puntajes. Docente desinformado debería ser un oxímoron, es decir, una combinación de palabras incompatibles.
- Poner en evidencia que todo ser humano tiene una cultura, un bagaje de conocimientos. Partir desde allí para una inclusión institucionalizada, que reconozca derechos.
- Realizar trabajo de campo social, con carácter promocional donde se apliquen los saberes de manera multiplicadora, interdisciplinaria y que se refuerce, de este modo, el rol del docente como MEDIADOR.
- Registrar esta experiencia como material de reflexión para avanzar en el trabajo e ir formando un archivo de consulta.
- Reforzar la construcción colectiva del conocimiento, operando sobre falsos patrones de meritocracia.
- Fomentar el trabajo interdisciplinario para ir derribando de a poco, el conocimiento parcializado, para mí en exceso, por materias.